

Fin de un Principio

El Futuro que Está en Juego

LORENZO MEYER

EL viernes pasado el letrero que había en una de las tantas oficinas de la SEP rezaba así: "Se invita a todo el personal en general para asistir el sábado 2 de julio a la explanada del Zócalo (frente al DDF). Cita 9:00 A.M. Se otorgará el viernes 8 del presente. Atentamente, SNTE, D-III-2". En su brevedad, la invitación dice tanto sobre la naturaleza de un sistema autoritario como todo un tratado. En él se refleja lo fundamental de un arreglo político que se basa en un partido de Estado, y donde la modernización deberá aún superar obstáculos enormes antes de llegar a ser realidad.

Ese cartelón puede considerarse como simbólico no sólo de la campaña electoral del PRI, sino del PRI mismo y de su historia. En efecto, después de ejercer el monopolio del poder por el periodo más largo que se recuerde en un país del mundo occidental en el siglo XX, el PRI se ve obligado a movilizar "militantes" mediante fórmulas que son, a la vez, premodernas, ilegítimas, ridículas y humillantes.

★

A falta de un compromiso real de los supuestos militantes priistas con su candidato y su plataforma, el partido del Estado debe movilizarlos con la nada ideológica y si muy pragmática promesa de un sueldo que se pagará con los dineros públicos, es decir, con los de todos nosotros.

Pero si bien el cartelito del SNTE nos dice a gritos que la política moderna en México es aún sólo una mera promesa, el asesinato la noche del sábado de Francisco Xavier Ovarado, responsable de acción electoral del Frente Democrático Nacional, y de su ayudante, Román Gil, nos lleva directamente a ese pasado primitivo y brutal

de este sistema actual —al de Germán del Campo, asesinado por los ortizrubistas frente al panteón de San Fernando, o al de los otros vasconcelistas a quienes más tarde torturó y asesinó en Topilejo el general Eulogio Ortiz— y que, en un arranque de optimismo, considerábamos ya definitivamente superado.

Pese a todos los obstáculos —unión ilegítima del partido oficial y el Estado y asesinatos— se necesita que no gane la partida ni el desaliento ni el miedo, pues lo que hoy está en juego en las urnas es mucho. Es, ni más ni menos, la posibilidad de cerrar de manera no catastrófica todo un largo ciclo de la historia política de México. Un ciclo iniciado

en 1920 con el triunfo del grupo sonorenses al concluir la etapa más violenta de la Revolución Mexicana. Triunfo que unos cuantos años después, en marzo de 1929, cristalizó en un proyecto de dominación política de largo plazo al crearse el Partido Nacional Revolucionario (PNR), el partido del Estado. Partido que por las buenas o por las malas bien pronto llenó prácticamente todos los espacios de la vida política real de México.

★

ESTE ciclo histórico de prácticamente sesenta años, tuvo muchos elementos positivos, pero a la larga se cumplió en él ese viejo dictum según el cual "el poder absoluto corrompe absolutamente". Y también fue cumplida su necesaria contraparte, aquella que debería de decir: la falta absoluta de poder degrada absolutamente. Los sin poder han sido la enorme mayoría de los mexicanos y los efectos negativos de tal situación se manifiestan cotidianamente de mil maneras, entre otras, mediante letreros como los del SNTE a que se hizo referencia al principio.

Creo que no hay forma de poner en duda la afirmación de que por mucho tiempo el grueso de los mexicanos han carecido del mínimo necesario de poder que les es indispensable para defender sus intereses y su dignidad. Es verdad que en la mayoría de las sociedades contemporáneas, incluso en las que pasan por ser las más democráticas, el ciudadano común y corriente tiene pocas posibilidades reales de ejercer ese poder que le da ser el supuesto depositario de la soberanía. Sin embargo, algunas oportunidades de hacer sentir sus preferencias políticas se le abren cuando tiene lugar la lucha periódica entre los partidos, ya sea a nivel local o nacional. Para algunos esta influencia del ciudadano común mediante el voto quizá pueda parecer poca cosa, pero cuando ni eso se tiene, como ha sido el caso entre nosotros, entonces la situación se torna verdaderamente degradante.

En el México surgido después de la Revolución, cuando fue necesario, el poder ganado por la fuerza se retuvo, aunque, justo es reconocerlo, para mantenerlo nunca se usó exclusiva, ni siquiera primordialmente, la fuerza. En cualquier caso, desde el principio los dirigentes del nuevo régimen negaron a los par-

Fin de un Principio.- El Futuro que Está en Juego

Sigue de la página siete

tidos políticos de oposición la posibilidad real de llegar al poder o compartirlo. El resultado fue una sociedad políticamente organizada y estable, muy estable, pero a la que se gobernaba sin consultarla, degradándola. Institucionalizada la Revolución, quedó perfectamente claro para la mayoría de los mexicanos que, en cuanto ciudadanos, no estaban en la posibilidad de pretender ejercer ese mínimo indispensable de derechos políticos que la Constitución consagraba al suponer al voto como la fuente de la legitimidad de los gobernantes, lo que actualmente confiere una cierta realidad en otros países a la supuesta soberanía del pueblo.

★

LA cultura cívica mexicana de la posrevolución fue tan autoritaria como la que más. Una cultura autoritaria afianzada por una distribución de la riqueza particularmente injusta y desigual a partir de los años cuarenta y que desde entonces constituye una prueba objetiva, trágica e irrefutable del daño social que ha ocasionado esa falta del mínimo de poder requerido por las mayorías en las naciones modernas para evitar, o al menos moderar, esos inevitables desequilibrios a los que conducen las reglas del juego económico.

Con el crecimiento económico y demográfico posterior a la II Guerra Mundial, aunado al fracaso político del 68, y al posterior fracaso económico del 82 —obvio desde 1976, pero temporalmente cubierto entre 1978 y 1981 por una inesperada cuanto efímera cortina de petrodólares—, se dieron las condiciones para que finalmente se agotara la enorme capacidad de amplias capas de la sociedad mexicana para continuar soportando la irresponsabilidad, prepotencia, ineficiencia, corrupción e ilegalidad de una clase política cada vez más cerrada y más lejos de las preocupaciones, intereses y aspiraciones del mexicano común y corriente.

Esa clase política terminó por dividirse a consecuencia de sus fracasos. Surgieron así los disidentes dentro de Palacio. Algunos, apenas un puñado, se decidieron a quemar sus naves e hicieron un llamado a la sociedad para que sacudiera su apatía —producto de los fracasos demo-

cratizadores frustrados— y les apoyara en un nuevo intento por dar forma a una alternativa política. El llamado provino tanto de la derecha —Manuel J. Clouthier y el neopanismo— como de la izquierda —Cuauhtémoc Cárdenas y la Corriente Democrática—. La sociedad mexicana —al menos una parte de ella— respondió al llamado con más entusiasmo del que la mayoría de los observadores habíamos previsto; y desde entonces la respuesta ha ido en aumento. Hoy veremos uno de sus resultados.

Los militantes del panismo, como los del cardenismo, son, en buena medida, individuos a la vez desconfiados y esperanzados; irritados y resentidos pero con deseos de creer en algo distinto a lo que por tanto tiempo ha sido un destino similar al que hace ya siglos nos anunció un virrey de Su Católica Majestad: los súbditos del reino de la Nueva España nacieron para callar y obedecer. Esta esperanza por lo nuevo puede fructificar en algo positivo en una sociedad políticamente viva, capaz de generar confianza en sí misma, o puede frustrarse terriblemente, sobre todo si predominan las fuerzas enemigas del cambio y aún muy poderosas dentro del partido del Estado y de la élite política en general. El asesinato de Francisco Xavier Ovando y Román Gil le da una terrible realidad a esa posibilidad de involución política. No debemos permitir que tal cosa suceda. Hoy es necesario usar la vota-

ción para afianzar a las fuerzas del cambio pacífico en nuestro país. Y ese cambio sólo se puede lograr si la oposición obtiene un apoyo masivo en las urnas y hace que México pase de ser un país dominado completamente por un partido de Estado a ser uno pluripartidista.

★

EN lo personal, considero crucial que en los comicios de hoy quede claramente establecida la viabilidad de un partido opositor de izquierda. Sólo de esa manera se logrará poner fin a un diálogo que hasta hace muy poco había dado la tónica del debate político de la crisis económica: el diálogo entre el centro y la derecha. Este era el fundamental que hasta casi ayer se mantenía dentro del gobierno, entre el gobierno y sus apoyos sociales —movimiento obrero organizado y empresarios—, así como entre el gobierno y esos apoyos por un lado, con la oposición por el otro, es decir, con el PAN. Hoy, con la presencia de la coalición de izquierda encabezada por Cuauhtémoc Cárdenas —coalición ciertamente frágil pero sorprendentemente vital— se abre la posibilidad de acabar con la unilateralidad del debate y, lo que es más importante, con lo unilateral de la política económica y social, política que ha hecho recaer el peso de la crisis en quienes menos capacidad tienen de pagarla: los asalariados y todos los que están en la base de la

distorsionada pirámide social característica de México.

Hoy estamos viviendo uno de esos raros días en que podemos decir con certeza que el proceso histórico llega a una encrucijada y la historia nacional puede cambiar de rumbo. Es necesario y posible que hoy estemos viviendo el principio del fin del autoritarismo posrevolucionario y el fin del principio de un proceso que, en un futuro no muy lejano, nos puede llevar a sustituir un sistema político que ya dio de sí todo lo que era capaz, por otro donde la concentración del poder no sea absoluta y desaparezcan finalmente, por obra y gracia del pluralismo, las posibilidades de la corrupción de los gobernantes y, lo que es más importante aún, de los gobernados. Así pues, hay que dejar de leer e ir a votar.